



Primer puesto

El perro Pepe

César Joaquín Clavijo Díaz
Colegio La Asunción
La Libertad

César Joaquín Clavijo Díaz nació el 25 de enero del 2007 en Trujillo. Él estudia en el colegio La Asunción, en la misma ciudad, y está en 1º de secundaria. A sus 12 años, en su primera participación a nivel nacional, ha ganado el concurso Letras Viajeras. En su tiempo libre se dedica a leer o a jugar fútbol con su hermano. Le gustaría ser ingeniero en computación, «porque es uno de mis cursos favoritos en la escuela», nos dice.

Para escribir este cuento se inspiró en las huacas que están alrededor de Trujillo. Él vive cerca de la huaca La Esmeralda. «Nosotros las tenemos que cuidar porque son importantes», nos dice César, quien tuvo también como fuente de inspiración al perrito Pepe, el cual existe y es guardián de una de las huacas.

Para él, el turismo es importante. «Porque nos da conocimiento sobre nuestra cultura, nos ayuda a ser tolerantes, porque es una inversión y porque genera riqueza de conocimiento», nos comenta con la convicción de quien conoce el tema.

EL perro Pepe

En las huacas del Sol y la Luna, un joven camina alegremente comiendo una galleta. Me da mucho gusto verlo. Se le ve contento. Está muy interesado en la explicación del guía sobre la grandeza de los moches. Los antiguos pobladores de esta parte del Perú tuvieron un alto conocimiento sobre irrigación y agricultura; por eso, conquistaron los desiertos costeros, fueron talentosos en la confección de murales y en la elaboración de huacos.

El joven pregunta por qué tantas rampas en la huaca. El guía le responde que, ante la falta de escaleras, los moches utilizaron esas pendientes para subir los pisos de sus construcciones. El joven levanta las cejas con asombro y sigue comiendo su galleta. De pronto, algo de este muchacho me molesta. Tan educado parecía. Qué decepción. No podía creer lo que estaba viendo. Me refregaba los ojos para intentar borrar lo que tenía al frente. ¡El joven había botado al suelo el empaque de la galleta que estaba comiendo! Mi boca se llenó de baba y empecé a ladrar. ¡Ah! Disculpe, disculpe... no me presenté: soy Pepe, el perro guardián de las huacas de Trujillo.



Me alegra mucho recibir la visita de turistas, me emociona que conozcan la grandeza de nuestros antepasados, su sabiduría para construir estas majestuosas huacas, su fortaleza para conquistar grandes territorios, su amor por el arte y su conocimiento de técnicas agrícolas que hasta la actualidad siguen vigentes. Pero hay cosas que me molestan. Una de ellas es que algunas personas no cuidan lo nuestro. Por eso, cuando vi a ese joven tirar el empaque de la galleta, ladré fuerte, muy fuerte, para que me escucharan todos en el valle.

Estoy a unos cinco metros de distancia. El paseo se interrumpe. La gente se asusta. El guía, que es mi amigo, pide a todos que se tranquilicen.

—¡Nadie se mueva, por favor! ¡Pepe es amigo de todos! —dice.

Los turistas obedecen. Camino con ligereza hasta ubicarme frente al joven. Ya no tengo por qué ladrar. Me siento en dos patas y le muestro la cara más triste que puedo poner. Dicen que cuando hago esto me parezco al gato con botas de la película *Shrek*. No me gusta esa comparación, pero sé que funciona para convencer a los humanos. El guía le cuenta al joven que así me pongo con todos los turistas que tiran basura al suelo.

El joven, avergonzado, recoge lo que ha botado y lo lleva hasta un tacho de color blanco. Corro hacia él y sobo mi lomo en una de sus piernas. Él acaricia mi cabeza y siento su agradecimiento sincero. Sus familiares, que lo acompañan en el paseo, aplauden. El guía me guiña el ojo y yo le ladré de felicidad para que todo el valle me escuche.

Pero no solo vigilo las huacas del Sol y la Luna, también lo hago en la zona arqueológica de Chan Chan, la huaca Arco Iris —también conocida como huaca del Dragón— y La Esmeralda.

En esta última, ubicada en medio de la ciudad, recibí la visita de una delegación del colegio La Asunción. Desde que llegó el grupo supe que algo iba a suceder porque esos niños son muy inquietos. Entonces, estuve más alerta que nunca. Seguí de cerca a esos muchachos llenos de entusiasmo, de vida y de alegría. Me gustaba escucharlos reír y preguntar cosas tan inocentes: “¿Cómo era el baño donde hacían popó los chimús?, ¿dónde se cortaban el pelo?, ¿a qué escuela iban?, ¿cómo era su profesora?”

Algunos de ellos se asustaban al verme, otros se acercaban y tocaban mi piel caliente. Es que soy un perro sin pelo del Perú. Perro calato o uiringo, me dicen algunos. Mis antepasados han caminado por estos lugares desde tiempos remotos y siempre han protegido las huacas que el hombre construyó para vivir y para adorar a sus dioses. Yo sigo esa herencia con mucho orgullo.

De pronto, algo sucedió:

—¿Dónde está Mateo?! ¿Dónde está Mateo?! —gritó una profesora.

Todos miraron a su alrededor en busca de Mateo. Nadie lo encontraba.

—Estaba conmigo aquí —dijo Sebastián

—Yo lo vi en la esquina —comentó Rebeca.

—Se fue con una señora. Pensé que era la profesora —confesó, casi llorando, Juan Carlos, el mejor amigo de Mateo.

Ladré, ladré muy fuerte para que me escucharan todos en la ciudad. Empecé a recorrer por todos los pasillos en busca de Mateo. Subí a la parte alta por unas escalinatas que solo



yo conozco. Entonces vi un taxi, con dos personas dentro, estacionado sospechosamente en la puerta de la huaca. Los perros tenemos el poder de sentir si son buenas o malas las personas. Ladré más fuerte y bajé de inmediato hacia la puerta. Seguí ladrando.

Cuando llegué, vi a Mateo que caminaba con una mujer que cubría su rostro con una gorra y unos lentes gigantes. ¡Ladré!

—Sal de acá, perro —gritó la mujer y de inmediato intentó golpearme con su cartera.

Vi que Mateo lloraba. Me dio más cólera y atacé en la pierna a la mujer, quien gritó una lisura, corrió y, a duras penas, subió al taxi. En ese instante apareció el guía con la profesora y abrazaron a Mateo.

Minutos después todo era alegría. Ahora todos los niños me tocan el lomo con mucho cariño. La guía les contó del compromiso que yo, el perro Pepe, cumplo en las huacas de Trujillo. Además, les habló de la importancia de alejarse de las personas extrañas, de no obedecerles ni seguirlos.

—¡Gracias, Pepito! —me dijo Mateo abrazándome del cuello. Yo ladré, ladré muy fuerte para que todos en la ciudad escucharan mi alegría.

Me siento orgulloso de ser un perro sin pelo del Perú. Soy patrimonio de la nación, ¡Qué se creen! Ese reconocimiento me motivó más para seguir cumpliendo mi labor de cuidar las huacas y a los turistas. Algunas personas se asustan por mi apariencia; pero otros me buscan porque tengo poderes curativos. Como no tengo pelo, soy muy caliente y puedo sanar enfermedades. Para mí, no tener pelo es una gran ventaja: no se me sube ni una garrapata ni una pulga.

En eso estaba pensando camino a Chan Chan, Patrimonio Cultural de la Humanidad, cuando descubro que unas personas, de una camioneta, botaban desechos de construcción en una zona prohibida. ¡Eso no se debe hacer! La boca se me llenó de saliva y ladré fuerte, muy fuerte para que todos me escucharan. Corrí hacia ellos. Me esperaron con piedras. Una me golpeó la panza y otra, la pierna. Antes que dolor sentí más rabia. Seguí ladrando, tratando de acercarme a ellos, pero sus piedras me alejaban. Terminaron de botar todo lo que habían traído y se fueron. Empecé a seguirlos. No se iban a salir con la suya.

Después de unos quince minutos apareció, en su motocicleta, mi amigo el suboficial Vergara, de la Policía de Turismo. Al verme que seguía a esa camioneta, supo que algo malo habían hecho esas personas. De inmediato, los detuvo. Revisó el vehículo y descubrió todo. Entonces, les exigió que regresaran al lugar y recogieran todos sus desechos. Igual les puso una papeleta y les llamó la atención por haberme tirado piedras. Por cierto, el dolor se me fue. Los hombres me miraban furiosos. Uno de ellos, no sé si en tono de burla o de halago, dijo:

—Bien inteligente ese perro.

El suboficial Vergara les hizo saber que no era la primera vez que yo descubría malas personas botando desmonte en nuestros complejos arqueológicos.

—Él es nuestro guardián —les dijo y me sobó la cabeza.

Yo ladré, ladré de orgullo para que todos escucharan el compromiso que, como el guardián de las huacas de Trujillo, cumpliré hasta dar mi último ladrido.





Segundo puesto

Un paseo con Grimalda

Andrea Salazar Rosario

Colegio Santa Margarita

Callao

Andrea Salazar Rosario se inspiró en sus propias vivencias para escribir su cuento. Después de vivir muchos años en España regresó al Perú, donde su narración logró el segundo puesto en el concurso nacional de cuentos Letras Viajeras, siendo alumna de la Institución Educativa Particular “Santa Margarita” del Callao.

Su historia describe los principales atractivos turísticos de la ciudad de Lima y la grata experiencia de un grupo de turistas gracias al recorrido de estos lugares.

Un paseo con Grimalda

Era un sábado frío en la Plaza de Armas de Lima; en ella estaba, como todos los fines de semana, Grimalda Mamani, una chica de 18 años proveniente de Ayacucho. Grimalda era una muchacha muy buena, muy linda, que tenía el cabello largo y negro, enormes ojos color café, sonrisa encantadora y voz de alondra, que ayudaba a sus padres a vender productos típicos de su tierra para pagarse sus estudios universitarios.

Una mañana, mientras Grimalda trabajaba, se acercaron tres turistas españolas, María, Lola y Vicenta, quienes habían quedado atraídas por las coloridas telas que ella y su madre vendían. Grimalda, muy amablemente, empezó a explicarles todo el proceso de elaboración y sobre los colores de las telas. Las tres turistas, sorprendidas por el conocimiento de Grimalda, pidieron a su madre permiso para que ella las acompañase a conocer algunos lugares importantes de Lima.

Su mamá decidió aceptar la propuesta y dejar que Grimalda fuera con ellas, pero con la condición de que su hija estuviese de regreso a las siete de la noche.

María, Lola y Vicenta, contentas por tan grata amabilidad de la madre de Grimalda, decidieron compartir con la familia un gran desayuno antes de partir. Entonces, Grimalda empezó su paseo turístico en la Plaza de Armas, donde les explicó que es el epicentro de la ciudad y el lugar donde se ubican varios edificios importantes, como el Palacio de Gobierno, la Catedral, la Iglesia del Sagrario, el Palacio Arzobispal y el Municipal.

—Lima es uno de los lugares más turísticos, y no es para menos. El lugar es una preciosidad, amplio, con palmeras, y los edificios gubernamentales rodean la plaza central —decía Grimalda.

Muy contenta, prosiguió llevándolas a la Catedral de Lima, donde les explicó que tiene una particularidad muy curiosa, y es que está construida con distintos estilos que la hacen única.

—Grimalda, ¿sabes de qué estilo es la Catedral? —dijo María.

—¡Claro, señorito María! La fachada que observa es renacentista con toques de estilo plateresco, mientras las torres son neoclásicas con influencia escurialense —contestó Grimalda.

—Chicas, ¿no tenéis hambre? —preguntó Lola, después de haber quedado maravillada con la explicación y detalles de Grimalda.

—¡Sí, sí, sí! ¡Yo también tengo hambre! —respondió Vicenta.

—¡Todavía no! ¡Esperen un poco! Nos falta visitar un lugar cerca de aquí; es la plaza San Martín, y de ahí las llevaré al distrito de Miraflores para que saboreen un rico guiso peruano —dijo Grimalda.



María, Lola y Vicenta se pusieron muy contentas y respondieron:

—¡Vale, Grimalda, nosotras invitamos!

Las turistas, encantadas, aceptaron la idea y partieron hacia la plaza San Martín. Mientras Grimalda explicaba que la plaza homenajea al libertador gestor de la independencia del Perú en 1821, don José de San Martín, recordaba la clase de historia que había llevado en su niñez en el colegio Santa Isabel de Ayacucho.

—Como curiosidad, la estatua lleva un casco con una llama animal encima —dijo Grimalda—. Parece que, cuando fueron a encargarle a un escultor español¹ que hiciera la estatua, hubo un problema y él entendió que querían una llama animal cuando en realidad querían una llama de fuego —seguía explicando la joven.

Grimalda, un poco cansada y también hambrienta, les dijo a María, Lola y Vicenta:

—¿Qué les parece si partimos a Miraflores para almorzar?

—¡Sí, sí! ¡Sí! ¡Vamos, Grimalda, que tenemos hambre!

Grimalda paró un taxi para que las llevara a Miraflores, donde se reúnen la mayor parte de extranjeros, franquicias de restaurantes y tiendas. Les iba explicando, por el camino, que Miraflores es una zona preciosa, cerca del mar, con un paseo que merece la pena recorrerlo de principio a fin y viceversa, y que luego de almorzar visitarían el Parque del Amor. Las chicas, encantadas por todas las explicaciones que les daba Grimalda, le dieron un gran abrazo por toda su amabilidad y honestidad.

¹ El escultor Mariano Benlliure (1862-1947).

Al fin, las cuatro llegaron a un restaurante con vista al mar y cerca del Parque del Amor, que luego iban a visitar. Las turistas quedaron maravilladas con el paisaje del océano.

Grimalda les recomendó un plato muy típico del Perú, el ceviche, y les explicó que está hecho con pescado y limón. Ellas, un poco escépticas, le preguntaron:

—¡Solo pescado y limón! ¿No está cocinado?

Entre risas, Grimalda les dijo que tenían que probarlo, que no se arrepentirían; y cuando terminaba de convencerlas, ellas ya habían empezado a disfrutar de tal exquisitez. Finalizado el almuerzo, María, Lola y Vicenta aplaudieron a Grimalda, y ella, algo tímida y muy risueña, les dijo:

—Sabía que les encantaría. ¡Ahora es momento de ir al Parque del Amor!

Estando en el parque, ubicado en el malecón Cisneros, Grimalda les explicó que este fue inaugurado un día de San Valentín de 1993, que su eje principal es una escultura llamada *El beso* y que es frecuentado por las parejas de enamorados para apreciar el atardecer; además tiene una preciosa vista del océano Pacífico.

Mientras caminaban, alumbraban los *flashes* de la cámara fotográfica y caían las siete de la noche. Grimalda dijo a las turistas que era hora de regresar. Ellas, un poco tristes por tener que dejarla, pararon un taxi para ir de regreso a la Plaza de Armas, donde los padres de Grimalda la estaban esperando.



Grimalda les sugirió que fueran en la noche a visitar el distrito de Barranco, uno de los más pequeños de Lima y también la zona bohemia por ser el lugar de residencia de muchos artistas locales; algo que se siente al caminar por sus calles. En esta parte de la ciudad hay muchos restaurantes donde se puede degustar la variada gastronomía del Perú. «También es uno de los grandes impulsores del pisco», le dijo a Lola entre risas.

—¡No beban mucho, que podrían embriagarse! Ja, ja, ja... — agregó Grimalda.

Al llegar a la Plaza de Armas, Grimalda y las chicas se pusieron un poco tristes, mientras que los padres estaban felices por tener a su hijita con ellos.

Las turistas, muy agradecidas por la guía que Grimalda les había hecho, le ofrecieron dinero como pago por su tiempo, a lo que la mamá exclamó:

—¡Por favor! No hay que pagar nada, más bien hemos pensado en que podrían venir mañana domingo a almorzar a nuestra casa, para poderles ofrecer un plato típico de Ayacucho, puca picante, que estoy segura les encantará.

María, Lola y Vicenta, contentas y muy agradecidas por tanta amabilidad, aceptaron, pues así podrían pasar un día más con Grimalda. Ella, súper alegre, las despidió con un fuerte abrazo y un beso.

—¡Mañana las espero! —les dijo.

Cuando se fueron las turistas, les empezó a contar a sus padres lo bien que lo habían pasado. La mamá estaba contenta de ver a su hija feliz y empezaron a recoger todas sus cosas para irse a descansar. Antes de dormir, Grimalda se sentía ansiosa pensando que vendrían a su casa al día siguiente.

A la mañana siguiente, se escuchó el sonido del timbre, señal de que habían llegado, y entraron muy contentas. Al encontrarse, saludaron a Grimalda con un fuerte abrazo y le contaron lo bien que la pasaron por la noche en Barranco, como bien ella les había recomendado.

Mientras su mamá terminaba de cocinar y les ofrecía canchita serrana, Grimalda prendía la radio buscando un huayno, y, al sintonizarlo, empezó a zapatear con mucha alegría, recordando su tierra amada. Como buena anfitriona, les comenzó a explicar a María, Lola y Vicenta cómo se bailaba el huayno y de dónde provenía. Ellas, sorprendidas por cómo se movía y zapateaba, empezaron a seguirle el paso. Tanto así eran las ganas de bailar, que los padres también se sumaron.

Siendo la hora de almorzar, se sentía el rico aroma de la puca picante que había preparado la mamá. Las turistas y Grimalda, entre risas, se sentaron a la mesa para degustar el rico plato que había sido preparado con mucho amor.

Grimalda, conversando con ellas, les dijo que no podían irse del Perú sin visitar Machu Picchu, pues era un lugar emblemático que definía muy bien la historia de su país. Las turistas le prometieron que no se marcharían sin visitarlo.



Después de almorzar y conversar por largo tiempo durante la sobremesa, María, Lola y Vicenta, con gran tristeza, se despidieron de Grimalda y de sus padres, dándoles las gracias por tanta amabilidad y honestidad.

Las turistas vieron a Grimalda muy triste y le prometieron que estarían comunicándose con ella siempre por medio de cartas, con lo cual Grimalda se alegró mucho y les regaló tres muñequitas de trapo vestidas con los trajes típicos de las tres regiones del Perú. Muy sorprendidas y contentas con el regalo, le pidieron que les escribiera en un papel su dirección, para así poderle enviar una carta cuando llegaron a España.

Grimalda, muy contenta, les dio su dirección y con un fuerte abrazo se despidió deseándoles un buen viaje, haciéndoles prometer que si regresaban al Perú no se olvidarían de ella.

Y así fue como las turistas María, Lola y Vicenta se llevaron un grato recuerdo del Perú gracias a un paseo con Grimalda.



Tercer puesto

Tayta Santos, un sabio de la cultura Kañaris

Evelyn Tatiana Huamán Mendoza
I.E. Unidocente Bilingüe N° 10066
Lambayeque

Evelyn Tatiana Huamán Mendoza tiene 12 años y nació el 6 de mayo del año 2007 en el caserío de Illambe, distrito de Kañaris, provincia de Ferreñafe, Lambayeque. Estudia en el C.E. 10066 de Illambe y está en 6° grado. Es la primera vez que participa en un concurso de cuentos.

La «riqueza cultural del pueblo que tiene Kañaris» ha sido su fuente de inspiración para escribir Tayta Santos, cuento con el que ha quedado en tercer lugar en el concurso Letras Viajeras.

Con mucho entusiasmo por la vida, por el futuro y por la historia del Perú, a su corta edad, nos cuenta, dedica su tiempo libre a leer sobre cultura andina, arqueología y le gustaría ser abogada. Para ella, el turismo es importante «porque trae personas de otros países y mejora la economía del pueblo».

Tayta Santos, un sabio de la cultura Kañaris

Al caer el sol por la cumbre más elevada de Qaqa Chishia (cerro que hierve agua), apu sagrado de Illambe (caserío de Kañaris), mi tayta terminó de deshierbar sus maíces y frijoles en Shankapampa (pampa de espinas), se sentó un rato a contemplar el trabajo que había realizado, mientras revoloteaba una manada de tamyá maman (madre de las lluvias) sobre los cielos celestes como si anunciaran algún encargo de los seres tutelares. Él se levantó y extendiendo sus manos exclamó:

—¡Gracias, apu Chishia! ¡Gracias, apu Qasay Cirka (cerro frío)! Hoy lloverá y mis maicitos tomarán mucha agua y tendremos buenas cosechas.

Caminando cuesta arriba, mientras ascendía por Wilu Qaqa (cerro gavián) y Qinia Pukru (quebrada de los plátanos), recordó que su abuelita Rufina le narraba y contaba hermosas historias de los antepasados y gentiles. Al llegar a nuestra casa encontró a unos niños y niñas que alegremente conversaban con su profesor. Habían llegado de Cajamarca para conocer

los paisajes más hermosos de Kañaris; ellos no sabían dónde quedarse y pasar la noche. Mi tayta Santos Mendoza Barrios, más conocido como «Shantito», les dio la bienvenida y les dijo que todos los días que quisieran quedarse con nosotros estarían en la casa. Los niños, alegres, celebraron entre aplausos la hospitalidad de mi tayta Shantito; entonces mamá Julia invitó a todos a sentarse junto a la tullpa (fogata de la cocina) para cenar una rica sopa de shurumbo (sopa de plátanos).

Los niños y niñas eran estudiantes de primaria y estaban visitando el distrito de Kañaris, atraídos por la riqueza cultural, arqueológica y la agrobiodiversidad de los bosques húmedos y montanos de Upay Piteq (lugar donde se oculta el sol). Tayta Shanto, emocionado por recibir niños y niñas de otras regiones, les invitó chicha de maíz en un qishpi (botella ancestral) para que estén a gusto, como en casa. Conversaron y planificaron las visitas a los lugares paisajísticos donde están la fauna, la flora y la arqueología con que cuenta Kañaris. Bebieron la chicha entre bromas y carcajadas, para, al día siguiente, enrumbar a la laguna de Shin Shin (caserío de Kañaris), un lugar de ritualidad y sanación.

Muy temprano, mi tayta, el profesor Jorge, las niñas y niños Natalia, José, Manuel, Sergio, Armando, Esteban, Alfredo, Milagros, Daniela, Karina, Lucía y yo, partimos llevando fiambre de cuy frito, tortillas de maíz, cancha de maíz, asado de yuca y su chicha de maíz. La caminata fue dura y larga. Después de cuatro horas de ir montañas adentro, llegamos a la laguna enigmática de Shin Shin, muy recordada por la leyenda de la serpiente de siete cabezas. Mi tayta, conocedor de las costumbres de los ancestros, tendió un pullu (manta) y ofreció el pago a la laguna con yonque, chicha y hojas de coca, para que el profesor Jorge y los niños y niñas visitantes se sintieran protegidos por los apus del lugar.

El profesor Jorge era el más entusiasta; tomaba fotografías a las bellísimas mariposas que revoloteaban entre las variedades de flores de colores. Natalia, emocionada, dijo:

—Este lugar es un paraíso que los niños deben cuidar y proteger.

Lucía y Daniela se encontraban sentadas sobre una piedra, junto a las aguas de la laguna, y dijeron:

—El agua está helada, muy fría, y hasta los huesitos nos duelen.

Manuel, Sergio y Armando juntaban las hojas de la variedad de plantas que allí había. Mi taya les contaba que alrededor de la laguna había muchas plantas medicinales que curaban enfermedades que aquejaban a los seres humanos:

—Los kañaris no utilizamos medicina de las postas médicas; tampoco acudimos a los hospitales; nosotros nos curamos y sanamos con las plantas que nos ofrece la naturaleza y la laguna —les comentó.

Taya Shantito tendió los pullus para hacer una mesa con los alimentos que habíamos cargado durante el viaje, para compartir un delicioso almuerzo en compañía de los niños y niñas visitantes de la región Cajamarca. Mientras todos comían, mi taya les narró la leyenda de la serpiente de siete cabezas que su abuelito, Rosendo Mendoza Huamán, le había contado hacía muchos años. Al concluir la narración, los visitantes se quedaron sorprendidos con la leyenda; todos dijeron que no se bañarían en la laguna por temor a que saliera de sus entrañas la serpiente.



Ya de regreso se escucharon voces de animales salvajes, y sigilosamente nos escondimos entre las piedras y los pajonales. Pudimos observar cómo una pareja de osos de anteojos con una de sus crías bajaban de las montañas a beber agua. Estuvimos callados por largo rato y pudimos contemplar la belleza de su pelaje y de su cuerpo. Eran la hora y el día perfectos, porque una bandada de pavas aliblanco, revoloteando, bajaron a beber agua; imágenes que quedaron impregnadas en la mente y el corazón de cada niño y niña, quienes en silencio pudieron observar toda la maravilla que ofrece la laguna de Shin Shin.

Después de descender, unas horas más tarde, les conté a mis amigos y amigas que en la laguna, además de vivir la serpiente de siete cabezas, también hay peces de colores, sachavacas, majaces, pumas y tigrillos; todos se maravillaban con la riqueza natural que existe en nuestra comunidad. Por la tarde, llegamos exhaustos de la caminata y comimos unos tamalitos con café preparados por mamá Julia; luego nos fuimos a descansar para continuar el viaje al día siguiente.

Nos levantamos temprano para acomodar nuestras maletas, porque saldríamos de viaje cargando todas nuestras cosas en las acémilas que a mi taya Santos le habían prestado. Tomamos de desayuno cancha con queso y su rica agua de hierbaluisa; los visitantes agradecieron mucho a mamá Julia por su amabilidad y cuidados. Salimos rumbo a Walte (flor de un árbol extinto), que era el siguiente destino. Los niños y niñas, muy alegres, iniciaron la caminata por Samana Kuntur (descanso del cóndor), pasamos Atun Yaku (agua grande) y llegamos a Walte, un caserío misterioso en las montañas de Kañaris.

En ese lugar, Anastasio Callaca, un sabio de la zona, nos acogió y después proseguimos nuestro viaje junto con mi taya Santos.

Después de unas horas de caminata por las pendientes del cerro, llegamos al apu Kapusa, en cuya cima nos sorprendimos al encontrar una ciudadela preíncica construida con barro y piedras; había chullpas, cuartos, plataformas, algunos restos de osamentas, pedagos de ollas, cántaros quebrados por la excavación de los huaqueros. A este lugar los pobladores lo llaman Qintil Wasin, que quiere decir «casa de los gentiles». Mis amigos y amigas visitantes, maravillados, se tomaban fotos y recorrían cada espacio de la fortaleza.

Anastasio nos narró una historia que a él le habían contado sus abuelitos, hacía muchos años, acerca de este lugar. Cuenta que este pueblo era habitado por gentiles, hombres altos y gordos que se alimentaban de animales; salían en la noche, aprovechando la oscuridad; no trabajaban de día. Se cuenta que en el día dormían y se escondían porque le tenían miedo al sol.

—Contaba mi abuelito que hubo un tiempo en que el sol alumbraba de día y de noche, y los pobres gentiles se murieron de hambre en sus cuevas; otros, al salir, se convirtieron en piedras y cerros elevados —finalizó Anastasio.

Ya en la tarde, bajando del apu Kapusa, encontramos a los gallitos de las rocas, el ave nacional del Perú, y los niños, maravillados, dijeron:

—Kañaris es sorprendente. Pensábamos que esas aves solo vivían en el Parque Nacional del Manu, en Cusco y Madre de Dios.

Milagros y Karina exclamaron:

— ¡Misterioso Kañaris!, estamos encantados de estar conociendo nuevos lugares; la gente es muy buena y amable.



Llegamos, junto con mi taya Santos, a la casa de Anastasio para pasar la noche y descansar. Al día siguiente salimos rumbo a Kañaris, pasando por Raku Lanchi (lanche grueso, similar al roble). Taya Santos y Anastasio nos comentaron que este árbol lleva cientos de años vivo, ya que sus tatarabuelos, bisabuelos y abuelitos contaban que a su sombra se sentaban para almorzar después de hacer las faenas de limpieza de los caminos o atun nan (costumbre originaria que hasta el día de hoy practican los kañaris). Era un lugar de encuentro entre los pueblos de los qicwas (personas de la parte baja de Kañaris) y los washas (pobladores de la parte media), que se reunían para intercambiar productos, como frutas, queso, algodón y lana de oveja.

Después de escuchar las vivencias de mi taya Santos y Anastasio, continuamos con el recorrido llegando a Upay Piteq, considerado por los sabios como un observatorio lunar o de culto a los astros que realizaban los kañaris en la antigüedad. Sergio, Armando y Esteban, muy preocupados, comentaban que los monumentos arqueológicos tienen que estar protegidos porque son patrimonio de la humanidad. Hacían mención de las enormes rocas de Upay Piteq, ya que fueron pintadas para hacer publicidad a un candidato al concejo distrital de Kañaris.

Llegamos al atardecer, y muy amablemente nos esperaba el señor César Lucero Ringa, sabio de la zona en cuya casa nosotros descansamos. Los lugares por visitar al día siguiente eran Maçay Wachuma (cueva del cactus San Pedro) y Waraq Tushuna Pampa (pampa donde dangan los primeros rayos del sol). César nos explicó que estos lugares eran sagrados y mágicos, motivo por el cual nos iba a acompañar un curandero sabio de la zona.

Al amanecer, una lluvia muy fuerte nos dio los buenos días; los niños y las niñas, asombrados, observaban el relampaguear de los rayos que caían sobre Kañaris. Mi taya Santos, Anastasio y César nos comentaron que en estas condiciones de la naturaleza iba a ser imposible salir, porque los lugares a los que iríamos se encontraban sobre las pendientes de los cerros.

Desayunamos una sopa de mote con frejoles verdes y su asado de gallina.

—¡Inolvidable! —exclamamos todos.

Mientras la lluvia pasaba, el sabio César Lucero, gran maestro del charango, instrumenta característica de Kañaris, entonaba melodiosas canciones en quechua. Los niños y niñas, alegres, regalaban aplausos; muy entretenidos todos ellos. César les narra también historias del patrón San Juan Bautista, de la construcción de la iglesia, de la celebración de Shapshiku Wanuna (muerte del diablo), que se realiza el último día de todos los años; también acerca del ritual de Qasay Rumi (cerro helado) para atraer las lluvias en temporadas de sequía. Toda esta sabiduría milenaria de los kañaris se está perdiendo.

El silencio de las calaminas anunciaba que la lluvia había dejado de caer; entonces César nos dijo que, después de almorzar, saldríamos a Maçay Wachuma. Encantados, todos saltamos de alegría. En el camino observamos una bella catarata; nos anunciaba que estábamos cerca del lugar a donde habíamos decidido llegar. Los sabios César y Porfirio — el chamán más conocido de Kañaris, que se sumó al grupo — tendieron la mesa de pullus y pidieron un momento de silencio para hacer el pago al apu, para poder ingresar a la cueva.



Me sentí desorientada porque no encontraba por ningún lado cuevas ni grutas; entonces mi curiosidad me llevó a preguntárselo a César, y él, muy silenciosamente, me dijo:

—¿Observas esa cuerda?

—Sí —le respondí.

—Por allí vamos a subir a la cima, porque la cueva está en la parte alta de donde nos encontramos.

Me quedé atónita, sorprendida; solo pensé por un rato: «Qué civilización tan importante somos los kañaris», y me sentí orgullosa de mis antepasados.

César nos indicó que debíamos de trepar con mucho cuidado por la soga, agarrándonos muy fuerte cada uno; y una vez arriba, no había que hacer ruido, porque el lugar era mágico. Subimos todos, y cuando llegamos, la sorpresa fue grande: encontramos una cueva con restos de huesos, ollas de barro, restos de fogones y pintura rupestre; los sabios nos dijeron que posiblemente en esa cueva había vivido el hombre más sabio de toda la población de Kañaris, ya que en la cima de esta montaña existen la wachuma (San Pedro) y plantas medicinales que usan los chamanes para sus rituales de sanación y curación. Impresionados, los niños y las niñas se tomaban fotos y hacían apuntes.

De regreso a la casa de César en Kañaris, los relámpagos y truenos nos anunciaban que las lluvias continuaban; por la noche, la neblina cubrió todo el pueblo y el frío se apoderó de nuestros cuerpos. Despertamos al amanecer y observé la preocupación de los sabios César, mi tayta Santos y Anastasio, porque los cerros habían empezado a caer y bloquear la carretera. Ese día desayunamos preocupados porque mis

amigos y amigas tenían que viajar largas horas, y si las lluvias continuaban, era muy difícil que ellos pudieran hacerlo; motivo por el cual conversaron con su profesor Jorge y todos decidieron regresar a su hermosa Cajamarca, muy tristes y apenados por no conocer más lugares del distrito de Kañaris.

Nos despedimos entre abrazos y llantos con la esperanza de que algún día nos volveríamos a encontrar. Mi tayta Santos me cuenta que después de muchos años algunos jóvenes, todos ellos profesionales, llegan a recorrer otros lugares de Kañaris y, gracias a ellos, ahora los turistas llegan y se maravillan de nosotros por nuestra amabilidad, respeto y honradez; conocen un poquito más a los kañaris en la región Lambayeque.